

biblia, como asimismo en innumerables testimonios de autores de los primeros siglos. Nosotros los protestantes, por el contrario, decimos que la justificación no cambia lo interior del alma; dejándola pecadora como ántes, si bien Dios la deja de odiar, gracias á la fe: según todas las iglesias luteranas ó reformadas, el justo difiere del pecador sólo en quedar libre del castigo, pero no de la suciedad del pecado: realmente aun los justos sufren las malas pasiones, y los movimientos de la ira, de la soberbia, de la avaricia, de la lujuria, y demuestran que reina en ellos el pecado hasta la muerte, por que tales movimientos (dicen) son pecados, y pecados graves, por más que acaecen voluntariamente.

—¡Bravo, joven! dijo entónces el viejo Smith interrumpiéndole; habeis alcanzado el profundo sentido de las opiniones luteranas y calvinistas, como también de la mayor parte de las iglesias protestantes.

—¿Qué dificultad había? respondió John. He hallado los textos literales en Moheler, referidos el uno á la cola del otro. Únicamente no he logrado descubrir el verdadero sentido de nuestra iglesia anglicana

—La razón es sencillísima: no tiene alguno propio. Cada uno de nuestros magnos varones acude al peculiar de su persona. El anglicano puede decir, con Lutero, que el justo es un pecador cuyos pecados tiene Dios ocultos; puede decir con Calvino, que el justo es un pecador al que Dios mira como perdonado; puede decir que el justo es un pecador á quien Dios externamente atribuye la santidad de Cristo; puede decir que toda la justicia no destruye el pecado en él; en suma, puede decir que el justo es un bribón, al que deja Dios impune.

—Os confieso, dijo John, que todas estas teorías de nuestras iglesias no me gustan. Si tales doctrinas fuesen verdaderas, sólo tendríamos que abandonarnos á la inercia ó á la desesperación.

—Pues no, repuso sir Roberto Smith. Nuestros reformadores pretenden que la creencia de que toda la obra de la salvación se hace por El, sin intervenir nada nosotros, favorece la humildad y el abandono en las manos de Dios...

—¡Abandono fatalista y mahometano! exclamó John. Si Dios me ha predestinado para la gloria, me salvará de todas mane-

ras; por consecuencia, puedo estar en las manos en la faltriquera, y puedo igualmente cometer mil maldades: he aquí la inercia. Si Dios me ha predestinado para el infierno, ¿de qué sirve agitarme? Caeré: he aquí la desesperación. Así razona la lógica respecto del dogma protestante. Mas ¡vive Dios! que no dice la biblia esto: rechazo este dogma como absurdo, cruel y malvado: creo ser cada día mejor protestante, ateniéndome á la opinión papista, según la que Dios quiere la salvación de todos, les proporciona los auxilios para que se salven, se pierden los que abusan por su voluntad del socorro divino, y se salvan los que con éste desean salvarse. Así razonaba el Hombre-Dios cuando respondió al joven que le preguntaba qué hacer debía para salvarse: Si quieres salvarte, observa los preceptos... *¡Si quieres!*—

Sir Roberto Smith animaba con movimientos de cabeza las palabras de su discípulo. Añadió entonces:—¿Qué habeis descubierto en nuestras profesiones de fe relativamente á esta observancia de los preceptos, esto es, á las buenas obras?

—¿Qué quereis? Me tiraba de los cabellos: ¡tanta es la gradación de opiniones por mí recorridas! La iglesia anglicana nos

dice que cada obra hecha sin fe es un pecado. Luego concluyo yo en buena lógica, un infiel ó un hereje peca socorriendo á los pobres y honrando á sus padres. Esto es absurdo: absurdo es, por consecuencia, nuestro artículo.

—Es una sentencia, advirtió sir Roberto Smith, heredada por nosotros de Lutero y Calvino. Comenzaron éstos por exaltar la fe, y pretendieron después que sin la fe todo era pecado mortal, mientras que, por el contrario, con ella ya no había pecado posible, y que Dios no toma en cuenta los pecados de los creyentes; al fin llegaron á compeler al pecado, considerándole instrumento de salvación. ¡Tanto al buen sentido perjudica embarcarse una vez en el error!

—Figurábame yo, dijo John, que cuando á Lutero se atribuía la máxima: Cree y peca, se afirmaba por burla, ó exagerando no poco. Pues no: es propiamente su doctrina formal. La he trascrito en mi cartera: “Lutero escribe á Melancton: Si eres predicador, predica una gracia verdadera y no fingida: si la gracia es verdadera, obra como verdadero pecador: no salva Dios á los pecadores fingidos. Sé pecador, y peca mucho, pero cree mucho más, y

goza en Cristo, vencedor del pecado, de la muerte y del mundo: es preciso pecar mientras se vive aquí abajo. Esta vida no es habitación de la justicia; mas esperamos otros cielos, dice Pedro, y otra tierra en que habitará la justicia. Para las riquezas de la gloria de Dios, bástanos haber reconocido el Cordero que borra los pecados del mundo: de este no nos apartará el pecado, aunque mil veces, mil veces en un día, cayéramos en fornicación ó en homicidio." ¿Puede darse, pregunto yo, más diabólica blasfemia? ¡Mil fornicaciones y mil homicidios no nos separan del Cordero celestial! "Las obras de Lutero llenas están de enseñanzas ascéticas. En otro lugar escribe: Las almas pías que practican la virtud para ganar el reino de los cielos, no sólo no llegarán á él, sino que precisa contarlas entre los impíos; es mucho más necesario precaverse contra las obras buenas que contra el pecado." Os digo la verdad, caro señor Smith; después de leer tales maldades, me sentía arder de vergüenza por nuestra iglesia anglicana, que tanta parte de su profesión copió de Lutero.

—Tranquilizaos: los luteranos reniegan frecuentemente de su maestro...

—Lo sé, lo sé, dijo John; mas resulta

siempre cierto que él, con gran número de sus secuaces y de iglesias protestantes, estuvieron y están de acuerdo en proscribir la buena voluntad de proceder como un hombre honesto. Una doctrina tan perversa no podía menos de producir contradicciones. Los Anabaptistas, discípulos primeramente, y después adversarios irreconciliables de Lutero, que los hizo exterminar con el hierro y el fuego, hicieron consistir el nervio de la piedad cristiana en las buenas obras...

—Pero no las hacían, dijo Smith sonriendo; sino que, por el contrario, cometían muchas malísimas.

—Sea; mas los Anabaptistas impugnaron á Lutero; contra ellos se lanzaron, además de Lutero, Melancton, Zuinglio y Calvino. Más fieros contra el luteranismo levantáronse nuestros Cuáqueros, que terminantemente condenan á todos sus hermanos protestantes, declarando que sin las obras buenas todos se perderán. Detrás de los Cuáqueros, se levantaron contra las demás iglesias protestantes también los Ernútteiros y los Hermanos de Moravia, protestando también contra la fe de Lutero y de Calvino. Al parecer, la rebelión no podía ir más adelante; mas he aquí al reforma-

dor de los reformadores, Manuel Schwedenborg, hijo de un obispo luterano, que funda otra iglesia protestante, revelando al mundo qué ha visto con sus ojos el infierno, y condenados en él á Calvino y á Melancton, precisamente por sus pérfidas doctrinas de la predestinación y sobre la fe justificante sin las obras. Además, nos hace saber que Lutero no se ha salvado aún, pero está en vías de salvación, porque renegó en el otro mundo de una parte de sus pestíferas doctrinas, confesando que las obras son indispensables para salvarse. He aquí, pues (concluyo diciendo yo), plena y absoluta contradicción: una mitad de nuestras iglesias rechaza las buenas obras, como inútiles ó perjudiciales, y la otra las juzga saludables y necesarias. ¿Cómo ponerlas de acuerdo?—

Sir Roberto Smith, queriendo llegar á su punto, respondió artificiosamente:—Acordadlas como nuestra iglesia, esto es, dando razón á una parte y á otra.

—¿Cómo es posible poner de acuerdo al que dice sí y al que dice no, sobre lo mismo?

—Como nuestra iglesia: un artículo dice que la sola fe justifica, otro alaba las bue-

nas obras, y un tercero propone la penitencia como medio de salvación...

—Y esto, repuso John, es el más absurdo baturrillo que puede soñarse. Si llego á ser amigo de Dios con la sola fe, ¿qué necesidad ha y de penitencia y de buenas obras? ¡A lo ménos este absurdo fuese común en nuestras iglesias! No: las escisiones existen aun entre nosotros. Nuestros Metodistas reforman el anglicanismo y en premio se ven excomulgados por la iglesia anglicana. Entonces forman aparte otra iglesia proveyéndose de obispos y de pastores. Sin saber cómo, véseles divididos en wesleyanos y en whitefieldianos, así como luego subdivididos en ocho ó diez retoños de iglesias (á lo ménos así lo decían nuestros almanaques del año actual), y todos estos anglicanos reformados ó deformados se persiguen. Unos predicán la predestinación al infierno, según Calvino, y otros la niegan, conformes con algunas iglesias luteranas; unos hacen consistir la salvación en el bien obrar y otros en el bien creer; éstos recomiendan la virtud, y aquellos dicen que facilita el vicio la conversión. Hoy, para refuerzo de los Metodistas, tenemos á los Trataranistas, á los Puseístas y á los Ritualistas, todos los cuales, más ó

menos, disfrazan los treinta y nueve artículos, restableciendo la confesión, las devociones, la penitencia, la comunión frecuente y la piedad práctica: luego advierten que no brota poco ni mucho de todas estas buenas obras el mérito de la eterna salvación. En una palabra; si las iglesias suizas, francesas, tudescas, holandesas y americanas están discordes entre sí, en nuestra iglesia nacional sucede lo mismo. No se reúne nada común sobre estos puntos, que forman la base de toda moral... Me arrepiento casi de haber querido penetrar en este espinar. Pregunto á los reformadores famosos y á las iglesias modernas: ¿Me ha creado Dios para el cielo? Varias iglesias me responden: No se sabe; puede ser que te haya creado intencionadamente para el infierno. Pregunto: ¿A lo menos podré, con mi libre voluntad, cambiar alguna cosa en este destino? Me responden: Nada: para las cosas de la salvación, el hombre es una piedra. Pregunto aún: Y si Dios, por su voluntad, me hubiese destinado al paraíso, ¿me volvería mejor, é interiormente justo, bueno y honrado? Me responden: No: serías pecador y malvado hasta la muerte; todos los movimientos de tus pasiones, aun indeliberados, son ultrajes que inferes á la

Divinidad, que sin embargo no te castigará, por respeto á tu fe. Pregunto en fin: Decidme, á lo menos, si para salvarme he de hacer algo bueno; decidme si orar, cumplir los preceptos de Dios, socorrer al pobre y perdonar las ofensas me harán más acepto á Dios, asegurándome la salvación. Me contestan: Cree; por lo demás, de nada sirve para salvarse vivir como un ladrón ó un santo; nada importa obrar como un hombre ó un cerdo. Tal es la doctrina que halló profesada por las distintas iglesias protestantes.—

Sir Roberto Smith aguardaba en este paso á su amigo filósofo, y le respondió levemente:—Caro joven, dos cosas admito en vos: vuestra feliz memoria para referir exactamente las doctrinas de las varias iglesias protestantes, y vuestro ingenio agudo para ponerlas en parangón, juzgarlas y sacar las consecuencias lógicas. Me habeis delineado nuestras doctrinas *confesionales*, con tanta veracidad, que no os apartais un punto de lo cierto. Mas decidme cándidamente: ¿procurais internaros en los dogmas protestantes por un placer académico, ó á fin de hallar cualquier norma práctica para vuestra vida religiosa?

—Para lo uno y lo otro, respondió John.

—Ahora bien. Os digo que, relativamente á la pura ciencia, todas las contradicciones de nuestras iglesias y de los famosos reformadores deben demostraros la debilidad de los humanos pensamientos, y nada más. Por lo que hace á la guía práctica, vereis claro como la luz del sol que nuestras profesiones (tenemos cincuenta ó sesenta, por no decir más) se destruyen en recíprocamente en los puntos capitales, y que no existe una que afirme un punto sin que la otra la desmienta; sin embargo, todas tienen igual autoridad. Cuando el viajero oye que le dicen: "Marcha por este camino. No, vé por el otro," evidentemente no es guiado, y debe continuar incierto por la vía. Luego las profesiones de nuestras iglesias, los artículos, los capítulos concordados y los decretos de nuestros concilios protestantes no constituyen una guía... Es preciso buscar otra, que debe por fuerza existir, si Dios no nos ha puesto en este mundo de propósito para envolvernos en este error... Así decíame á mí propio en mi juventud. (Entonces el venerable viejo levantó la cabeza encanecida; temblaba su voz, cayendo sus palabras paulatinamente y con lentitud, como

si revelase un gran arcano escondido en el alma cuidadosamente.) También yo experimenté las ansias de los pensamientos sublimes y profundos que herían mi mente y mi corazón. ¡Oh! tú, hombre, no eres sólo tierra, sino un espíritu inmortal. Pasaba por mi fantasía como un relámpago la segunda vida, con sus horizontes infinitos. La sola posibilidad filosófica de una eternidad feliz ó desventurada, es tal asunto para uno que piensa, que no puede menos que ser una persona vil quien no se siente atraído á considerarlo; es voluntariamente más brutal que el bruto, y más material que la materia. También yo subí con afán la escala que ahora subís vos; pero dí un paso más adelante... un paso que me dió la luz y la paz...

—¿Cuál? preguntó John, que hasta entonces no había respirado, ni dicho la menor cosa.—

El viejo, sin responderle, continuó.—
¿Qué requiere Dios de su criatura para que sea eternamente feliz? No lo demando á vosotros, papistas, envueltos en los errores y en las supersticiones: lo demando á los sabios que restauraron las ruinas de la Iglesia de Cristo; lo pregunto á Lutero, á Calvino, á Enrique VIII, á Knox, á Zuin-

glio, á Melancton, á Memno, á Fox, á Wesley, á Whitefield, á todos los reveladores de nuevas *confesiones*, á todas las iglesias reformadas de mi patria y del mundo. . . . Pasé meses y años repitiendo esta pregunta; hojéando libros y profesiones de fe, otra respuesta no hallaba fuera de una voz discordante: "Observa los preceptos. . . . No aprovecha observarlos.—Cree y basta. . . . No basta creer.—Puedes creer, si quieres. . . . No está en tu mano creer.—El cielo es tuyo, si deseas merecerle. . . . No; Dios te puede haber destinado al infierno; compeleráte al pecado, castigándote luego eternamente." En fin, fatigado de la lucha, me rebelé contra los maestros, que me parecía jugaban conmigo, preguntándoles con una especie de rugido: "¿En nombre de quién (he aquí, mi querido John, el paso feliz), en nombre de quién me revelais vosotros tan duras contradicciones y tan ferales conceptos?"

"Estamos acordes en esto sólo, me respondían todas las voces: no somos reveladores: somos solamente intérpretes de la palabra de Dios, la palabra de Dios razona en nosotros, siendo el único fundamento de todas nuestras profesiones y de todas nuestras iglesias."—"Mas si es así, re-

plicaba más irritado, ¿por qué os contradecís? ¿Acaso la palabra de Dios se contradice?" Y concluía, sin esperar la respuesta: "Dadme á mí esta biblia, que no sabéis leer ni descifrar; la consultaré yo mismo, y la palabra de Dios será mi norma en adelante, y no vuestras *profesiones* contradictorias." Desde entonces hasta hoy fui anglicano, porque tal había nacido y tal moriré. Mas entre tanto, de los treinta y nueve artículos y de todas las *profesiones* luteranas y calvinistas, suizas, francesas, holandesas, etc., etc., no admito nada fuera de lo que hallo conforme con la biblia. Que se destruyan ellas recíprocamente; yo dejo ir las ramas por el aire: esta es (Smith tocaba la biblia con respeto) mi profesión de fe y mi verdadera iglesia. Con ella en la mano, lo juzgo todo y á todos; con esta luz he distinguido lo verdadero de lo falso, he aceptado doctrinas de cada iglesia protestante, y os confieso que el todo formado por mí contiene muchos puntos cardinales conformes con el Concilio de Trento, sin que por esto me haya creído nunca obligado á cambiar mi anglicana iglesia con la de Roma. Tal es mi fe.

—Quizá será la mía también, exclamó

John, que no comprendía el lado débil de semejante profesión.—

Prosiguió sir Roberto Smith con voz cansada:—Si tomáis á la biblia por guía única y suprema, fabricando sobre ella vuestra iglesia, ninguna otra podrá condenaros, y deberán todas aplaudiros. Veo que los reformadores de mayor fama, que dejaron detrás de sí las reformas más numerosas, recurrieron todos á la biblia. Recorred el gran ciclo de la separación de la Iglesia romana, esto es, de los Albigeneses, de Pedro Valdo, de Wicleff: de Juan Huss, pasando por Lutero, Calvino y compañeros del siglo xvi, hasta los recientes Fox, Wesley, Zinzendorf, Schwedenborg, hasta los mormones y los *ronqistas* de ayer, y los viejos católicos, cuya aparición he visto esta mañana en los periódicos; no existe uno que no reciba de alguna manera la biblia como un libro celestial. Tendreis aquí el consuelo de hallaros completamente acorde con vuestra iglesia nativa, la anglicana, consiguiendo el apoyo, por añadidura, de trescientos millones de católicos romanos.

—De doscientos millones, quereis decir, repuso John.

—No, no, respondió Smith; digo de pro-

pósito trescientos millones, según las recientes estadísticas. ¿Os parece poco el sufragio de una iglesia cristiana tan numerosa, y, digámoslo también, establecida tan fuertemente sobre sus bases? Añadid las iglesias orientales y la rusa; en fin, el cristianismo universal acoge la Escritura como el oráculo del Omnipotente revelador y legislador. Cuando habla Dirs, debe callar el hombre y obedecer.

Al joven John el discurso del venerando viejo parecióle admirable, sublime, incontrovertible. ¡Pobrecito! Era bien digno de compasión y casi de excusa. Con todo el ardor de un joven de ingenio perspicaz y de buenos estudios, había intentado reconocer la base de su vida moral, pidiendo aclaraciones precisas á todas las iglesias protestantes, no menos que á su propia *confesion* anglicana, y no había conseguido descubrir una sola verdad común á todas; cada una le había dado una respuesta distinta, pretendiendo todas exponer el puro sentido de la biblia. ¡Cuán fácil y obvia era, pues, la conclusión: “Luego la biblia no es bastante para enseñar la verdad! Si se han engañado tantos famosos sabios y reformadores, ¿cómo puedo alimentar la confianza de no engañarme yo?” Mas John

se paró á medio camino, infiriendo sólo de las contradicciones de las iglesias protestantes que estaban evidentemente sumidas en el error, ó sujetas á él. La confianza en los treinta y nueve artículos, como en cualquiera otra *profesión*, estaba destruida, y destruida para siempre. Su áncora venía, por consiguiente, á ser la biblia, y sólo la biblia.

Ni notaba que ya ésta no se apoyaba en lo firme de la palabra de Dios, sino en su vacilante y aérea imaginación, que á cada versículo podía atribuir la significación verdadera ó falsa que le pareciese. No temía entender mal los dogmas y los preceptos divinos, á pesar del ejemplo de cien reformadores y de cien iglesias que, contradiciéndose, demostraban abiertamente que no nos habían entendido bien. Además, ¿quién le aseguraba de no tener que cambiar su fe hoy ó mañana, según el nuevo sentido escriturario que le pareciese más plausible? ¿No llegaría luego á dudar, á confundirse y á engañarse, vagando á merced de las opiniones cotidianas? Se lisonjeaba de haber colocado el fundamento inmutable sobre el cual construir su *creencia* religiosa; al mismo tiempo que destruía la base, creía haber apoyado el pie

sobre la roca, lanzándose, por el contrario, en el fortuito mar del capricho individual, á merced de todo viento de fantasía ó de pasión.

Con esto, el joven volvió á Fiésole como si tuviese alas en los piés, con la mente levantada y abstraída de tal suerte, que no se acordó de comprar, como solía, algunos gorriones, á fin de que se figurasen que había cazado. Sus hermanas, que aguardábanle siempre con afecto, ansiosas de hurgar en el surrón:—¡Vaya qué cazador! dijeron: ¡ni siquiera el ala de un pájaro!—

El joven, que sólo entonces advirtió su descuido, repuso:—¿Qué quereis? Hace viento, y los animalitos no se mueven de su lugar. . . Tengo, sin embargo, dos hermosas naranjas de Palermo.—Y las dió á las niñas, encerrándose incontinenti en su estudio. Su madre tuvo sospechas; y se amedrentó; pasó la noche temiendo males gravísimos y soñando en los remedios.